

en Italie pendant le XVI siècle, en la *Revue Historique* de Septiembre de 1893.—LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, Madrid, 1817-1820; 2.ª ed., 1822; compendio francés por L. Gallois, 1823, en 8.º.—PAOLO SARPI, *Historia concilii Tridentini*, Londres, 1619; Génova, 1629; trad. fran. de Le Courayer, Londres, 1736 y 1751.—PALLAVICINI, *Storia del concilio di Trento*, Roma, 1656-1657, ed. latina, Amberes, 1670, ed. fran., Migne, 1844, 3 vols. en 8.º.—A. BASCHET, *Journal du concile de Trente*, París, 1870.—VILLARI, *Savonarola e i suoi tempi*, trad. fran. de Gruyer, París, 1874; y *Niccolo Machiavelli e i suoi tempi*, Florencia, 1881-1882, 3 vols. (documentos inéditos en el Apéndice de estas dos obras).—O. TOMMASINI, *La vita egli scritti di N. Machiavelli*, Turin, 1866.—AGUARONE, *Vita di Frá Jeronimo Savonarola*, Alejandría, 1857.—A. CAPPELLI, *Frá Girol. Savonarola*, Módena, 1869.

LOS PAPAS.—A. LEONETTI, *Papa Allessandro VI*, Bolonia, 1880.—ED. ALVISI, *Il duca Valentino*, Imola, 1878.—CH. YRIARTE, *César Borgia*, París, 1889, y *Autour de Borgia*, 1893.—GREGOROVIVUS, *Lucrezia Borgia*, trad. ital., Florencia, 1871; trad. fran. de P. Reynaud, París, 1876, 2 vols.—A. MAURY, *Une réhabilitation de César Borgia*, en la *Revue Historique*, Mayo, 1880.—ROSCOE, *Historia de León X*, Liverpool, 1805; trad. fran. de Henry, 1813.—FR. MITTI, *Leone X et la sua politica*, Florencia, 1892, ed. Bossi, Milán, 1810 (con un importante apéndice).—ZIEGLER, *Historia Clementis VII*, publicada por

Schelhorn en *Amœnitates historice ecclesiasticæ*, Léipzig, 1737-1746.—BECCATELLI, *Vita del cardinale Contarini*, Brescia, 1746.—BROMATO, *Storia di Paolo IV*, Rávena, 1748-1753.—G. DURUY, *Le cardinal Carlo Caraffa*, París, 1882.

MILÁN.—L. G. PELISSIER, *Les amies de Ludovic Sforza et leur rôle en 1498-1499*, París, 1892.—F. CALVI, *Bianca Maria Sforza, imp. germanica*, Milán, 1888.

VENEZIA.—A. BASCHET, *La diplomatie vénitienne*, París, 1862, é *Histoire de la Chancellerie secrète de Venise*, París, 1880.—CH. YRIARTE, *La vie d'un patricien de Venise au XVI siècle*, París, 1884.

FLORENCIA.—F. T. PERRENS, *Hist. de Florence*, París, 1877 y siguientes, y *La civilisation florentine du XIII au XVI siècle*, París, 1893.—ROSCOE, *Vida de Lorenzo el Magnífico*, Londres, 1796; ed. fran. de Thurot, 1798; ed. ital. de Marchesini, Pisa, 1816.—A. VERDI, *Lorenzo de Medici, duca d'Urbino*, Este 1888.—P. C. FALLETTI, *Assedio di Firenze*, Palermo, 1885.—A. V. REUMONT, *Geschichte Toscaniens seit dem Ende des florent. Freistaats*, Gotha, 1876, y *Lorenzo de Medici il Magnifico*, Leipzig, 1874.—E. BENOIT, *Guichardin, historien et homme d'Etat*, Marsella, 1860.—G. THOMAS, *Les révolutions politiques de Florence*, (1177-1530), París, 1887.—CH. YRIARTE, *Florence*, 1881.



CAPÍTULO II

LAS GUERRAS DE ITALIA

PRIMERA PARTE

CARLOS VIII Y LUIS XII

(1495-1515)

I.—La expedición de Carlos VIII

LA INTRIGA ITALIANA.—La primera guerra de Italia, la expedición de Carlos VIII, parecería una novela de la Tabla Redonda si no se mezclara con ella el realismo de la política italiana, la menos romántica del mundo. El rey Carlos no heredó el espíritu práctico, el rigor ni la astucia de Luis XI. Muy joven y poco instruido, rodeado, según la frase de Commynes, de hombres «sin prestigio», como Esteban de Vers y Vrisonnet, que «no tenían experiencia de nada», se dejó embriagar desde 1492 con «el humo y la gloria de Italia». Las circunstancias aconsejaban entonces imperiosamente una orientación muy distinta de la política francesa hacia los Países Bajos, Alemania, Inglaterra y España. Cara le costó al rey su libertad de acción: por parte de Inglaterra (tratado de Etaples, 3 de Noviembre de 1492), una considerable cantidad de dinero; por la de España (tratado de Narbona, 19 de Enero de 1493), la retrocesión del Rosellón y la

Cerdeña; por la de Alemania (tratado de Senlis, 23 de Mayo de 1493), la cesión de Artois, Charolais y el Franco Condado á Maximiliano. Ya no oyó más voces que aquellas que le llamaban allende los Alpes. En Abril de 1492 había muerto Lorenzo el Magnífico, el jefe de Estado que durante tanto tiempo aconsejó á Italia que no solicitase la intervención extranjera, logrando mantener en un equilibrio inestable los odios y ambiciones de los príncipes italianos. Italia parecía lanzarse de buen grado á una aventura extraordinaria.

El primer instigador fué Ludovico el Moro, regente de Milán, que se aprestaba á usurpar la tiranía á su sobrino Juan Galeas Sforza, emparentado por su matrimonio con la casa de Aragón; de Nápoles. Ludovico ambicionaba la hegemonía de la Península, sueño de todos los tiranos de Italia y de Venecia. Mandó al rey de Francia una embajada que, asesorada por los varones napolitanos proscritos por el rey Fernando y refugiados en Francia, convenció á Car-

los VIII de la legitimidad de sus derechos al trono de Nápoles, herencia de los príncipes de Anjou, recientemente confirmada para la corona por el testamento de Carlos, último conde de Provenza, rey de Sicilia *in partibus*. La Italia meridional parecía una excelente etapa para la cruzada contra los turcos, y una vez conquistada Constantinopla, la entrada en Tierra Santa era facilísima. Génova, aliada de Francia y vasalla de Sforza, favorecería el paso á Italia. Inocente VIII y los banqueros florentinos contribuirían á cualquier empresa dirigida contra la casa de Aragón; especialmente el papa debía desear en el Mediodía napolitano señores más respetuosos que el rey Fernando para la antigua soberanía ideal de la Santa Sede. Venecia, que temía á los turcos por sus posesiones y factorías de Levante, vería con gusto la entrada de los franceses. Además, Ludovico ofrecía á Carlos VIII «grandes servicios y ayuda en hombres y dinero». El rey mandó emisarios al pontífice, á Florencia y á Venecia para sondear las intenciones de sus futuros aliados. Entretanto, Carlos Belgiojoso, embajador de Ludovico, permanecía en Francia, vistiéndose «según la moda francesa», para sostener el entusiasmo de Carlos y de su corte. Muerto Inocente VIII y elegido Borgia, el negocio adquirió mayor trascendencia. El cardenal Julián de la Rovere, acuciado por ambición de la tiara, empezó á lamentarse ante Carlos de los males de la Iglesia, diciéndole que debía convocarse un concilio para deponer á Alejandro VI. El mejor medio de destruir al papa, ¿no sería la invasión de Roma por un ejército francés, encargado de ejecutar la decisión ecuménica?

Por otra parte, todos los italianos esperaban entonces que surgiese un libertador. Juan Galeas contaba con la caída y castigo de su tío Ludovico; Florencia, con el fin de los Médicis; los napolitanos, con la expulsión de los españoles; Savonarola, con la expiación de los pecados de la Península. Todos los oprimidos, las ciudades saqueadas por Florencia (en primer término Pisa), aguardaban, según dice Commines, que el rey conociera «las penalidades de Italia». Hasta Carlos VIII llegaban ecos todavía más remo-

tos. Los súbditos cristianos de Bayaceto II «no esperaban, según rumores, más que una señal para rebelarse». Albaneses, eslavos y griegos, todos los refugiados en Venecia, fomentaban la agitación italiana. ¿No estaba ya trazada la ruta del conquistador?

De Otranto á Avlona, de Avlona á Constantinopla, «diez jornadas de mercaderes», camino fácil, según Commines, que nada sabía de las masas del Pindo y ya veía sublevada á Tesalia y tomada desde primera hora á Scutari de Albania. Algo más tarde supo que los venecianos, que convivían amistosamente con los turcos, como antes lo hicieron con los bizantinos, comunicaban secretamente á Bayaceto todos aquellos rosados proyectos, verdaderos sueños de Picrocholo.

LA EXPEDICIÓN DE CARLOS VII.—En Italia, Fernando I de Aragón, apoyado por el papa, el duque de Urbino y Pedro de Médicis, recibió el encargo de impedir por el mar la salida de los franceses de Génova, á cuyo efecto envió á Lombardia un ejército mandado por Trivulcio y el conde de Pitigliano. Estos dos caudillos no pudieron entenderse, y llegaron demasiado tarde para oponerse á la invasión. Replegarónse después de haber averiguado que en Rapallo, cerca de Génova, el duque de Orleans había hecho una espantosa carnicería entre las tropas desembarcadas por Federico de Aragón. Carlos VIII había descendido ya de los Alpes sobre el Piamonte por el monte Genevra (2 de Septiembre de 1494) con un ejército numeroso, «de terrorífico aspecto—dice Brantome—, pues lo constituían la gente del hampa, los mozos maleantes huídos de la justicia, y sobre todo, muchos tatuados con flores de lis en la espalda». El rey llevaba consigo 3.600 lanzas, 6.000 arqueros bretones, otros tantos ballesteros, 8.000 arcabuceros gascones, 8.000 piqueros suizos, 140 cañones de grueso calibre y mucha artillería ligera. «Bizarra tropa, pero sin disciplina.» Aquel pintoresco ejército carecía de todo: de buenos oficiales, de dinero, de tiendas y de pabellones. Blanca, regente del Piamonte, abrió sus fortalezas al paso de los franceses. En Turín la duquesa hizo representar en presencia del rey las hazañas de Carlomagno, y le regaló

un corcel de guerra. El ejército se detuvo en Asti, que pertenecía al duque de Orleans. Ludovico el Moro envió á Carlos algunas damas milanesas para que le hicieran desatender con sus caricias las súplicas de Isabel de Aragón, esposa del infortunado Galeas. El monarca enfermó de viruelas y Juan Galeas murió repentinamente de la *febbre attossicata*, enfermedad en que el veneno era más temible que la calentura. De esta suerte Ludovico fué verdaderamente duque de Milán, porque el hijo de Galeas no podía esperar un gran porvenir junto á semejante pariente. Dueño indiscutible de Lombardia, consideró ya inútil la intervención francesa y empezó á conspirar contra el huésped, á quien había hecho atravesar los Alpes. Por otra parte, el papa, el duque de Orleans y Alfonso II de Aragón, que acababa de suceder á Fernando, intrigaban sordamente á un tiempo contra Carlos y Ludovico. Pedro de Médicis se hallaba dispuesto á figurar en cualquiera liga que se formara contra el rey. Éste, apenas convaleciente, visitado, escoltado y vigilado por Ludovico, se dirigió á Toscana por Ca-



Ludovico el Moro

sar, Pavía y Piacenza, cruzando los Apeninos. Montpensier, enviado como explorador, limpió el camino por la garganta de Cisa, apoderándose de las ciudadelas pequeñas. El 28 de Octubre llegó el rey á Pontremoli, encaminándose por la Lunigiana hacia Sarzana y Pietrasanta. Pedro de Médicis, sin pedir á la Señoría florentina los poderes necesarios para negociar, acudió al encuentro de Carlos VIII, facilitándole la entrada de Florencia y de todas sus plazas hasta Liorna y Pisa. Al mismo tiempo las tropas francesas y ducales avanzaban por Romaña y por las tierras pontificias contra el duque de Calabria. El 6 de Noviembre Ludovico partió de nuevo para Milán, llamando después á sus contingentes de Toscana y Romaña, y recibía las felicitaciones y proposiciones cada vez más claras del papa y de Alfonso II. El 2 de Diciembre se formó el plan de

una liga entre España, Milán, Venecia, Nápoles y la Santa Sede.

La vanguardia francesa entró en Florencia mientras el rey se dirigía á Pisa por el camino de Luca. Amotináronse los florentinos viendo á los comisarios de la Señoría señalar con yeso las puertas de los palacios reservados á los señores del séquito de Carlos, que debía alojarse en la señorial mansión de los Médicis. Excitado el pueblo por las predicaciones de Savonarola y alentado tácitamente por la Señoría, se sublevó el 9 de Noviembre contra Pedro, que el día antes había regresado de su misión al campamen-

to francés. Al grito antiguo de *¡Popolo e libertà!* fué expulsado el tirano, que huyó á caballo por la puerta de San Gallo, mientras que se saqueaban las casas de los amigos de los Médicis con tanto celo, que hasta se llevaron las piedras. Pietro Capponi, como gonfalonero, se encargó del gobierno de Florencia.

Aquel mismo día Carlos entraba en Pisa, donde le aguardaban las escenas más patéticas. Vió á los pisanos arrojar al Arno el león de Florencia, gritando: *¡Libertà!* Las

damas y las jóvenes nobles se postraron á sus pies, rogándole que librara para siempre á Pisa de la tiranía de sus vecinos. Savonarola y los embajadores florentinos se presentaron al monarca. El dominico le saludó con el título de gran ministro de la sabiduría divina, é imploró su clemencia en favor de su patria. Algunos días después Carlos penetró «con la lanza en la cuja», en señal de victoria, en la metrópoli toscana. Poco faltó para que desenvainara la espada á fin de reducir la ciudad, que, temiendo el pillaje, adoptó una actitud amenazadora. Corría el rumor de una restauración de los Médicis sostenida por las armas francesas, y el populacho recordaba las horribles *Visperas Sicilianas*. El 24 de Noviembre apedrearón á los suizos y corrió la sangre. Fué muy difícil firmar el tratado entre el rey y la Señoría. Se rebajó á 120.000 florines el importe

de la indemnización de guerra. Capponi había dicho al rey: «Si tocáis vuestras trompetas tocaremos nuestras campanas.» Savonarola se agitaba y rogaba al monarca que abandonase la capital. El 28 de Noviembre Carlos se encaminó á Roma.

ENTRADA EN ROMA.—La invasión francesa avanzó sin dificultad hasta Roma. El ejército de Montpensier precedía al rey, que se unió en el camino con las tropas que acababan de operar en Romaña á las órdenes de D'Aubigny. En su cordial entrevista con los de Sena, dijo á los magistrados: «Vuestra ciudad pertenece á la Virgen, por lo cual quiero dejarla intacta.» De Sena marchó á Viterbo. Ante la próxima visita de aquel peligroso peregrino, Alejandro VI almacenó víveres y municiones en Santángelo, y envió emisarios á todas las potencias de Italia y Europa (incluso el Gran Turco), suplicando que le protegieran contra Francia. Alfonso de Nápoles, el más interesado de todos los príncipes cristianos por la salvación del papa, fué el único que se dispuso á prestar el auxilio solicitado; y el 10 de Diciembre entró en Roma el duque de Calabria con cincuenta y cinco escuadrones y 5.000 infantes. Pero todos los tiranuelos de Romaña habían pactado con el rey; Italia no veía bastante clara la situación para decidirse; los batidores franceses cabalgaban por los *Prati*, bajo las ventanas del Vaticano; todo el territorio pontificio, desde el Tíber al Mediterráneo, se hallaba ocupado por las tropas de Carlos VIII; en Roma los Colonna proclamaban al monarca señor del reino de San Pedro. Alejandro VI se resolvió de pronto á capitular, á despedir á las tropas aragonesas y á recibir al nuevo Ciro. Encerróse en el Vaticano con su guardia española, mandó que 1.000 caballos ligeros custodiaran el Borgo, y abandonó á los franceses todos los barrios de la orilla izquierda del Tíber.

El 31 de Diciembre, veinticuatro horas antes del momento convenido, Carlos VIII salió de Ponte-Molle, encontrando al capellán Burchard, que se dirigía al campamento para acordar el ceremonial de la entrada, y llegó por la noche á la puerta del Popolo. Á la luz de las antorchas y en medio de una lluvia torrencial desfiló el ejército, saludado

con los gritos de ¡Francia! ¡Colonna! ¡Vincula! (Rovere). En primer término iba la infantería, después la artillería, detrás el rey, rodeado de su escolta, con ocho cardenales. Detúvose en el palacio de San Marcos, donde cenó delante de Burchard, conversando con sus caballeros y «pasándoles la mano por la barbilla, lo cual demuestra—dice un testigo—que es un rey cariñoso y humano». Entretanto los soldados iban alojándose con algún desorden en los palacios y casas. Cuando Burchard regresó á su morada, vió que varios soldados se habían instalado en sus habitaciones, sacando á la calle sus mulas, mientras que los caballos de los bárbaros devoraban su heno. ¡*Fenum meum consumebant!* Volvió algo molesto al palacio de San Marcos, consiguiendo del rey una orden de expulsión.

Durante diez y ocho días Alejandro VI procuró eludir la firma del tratado, que implicaba el momentáneo destronamiento político de la Santa Sede frente á Italia. La fracción del Sacro Colegio, que le era hostil, impulsaba vehementemente al rey á proclamar la deposición del pontífice; pero Carlos VIII, preocupado sólo por los intereses políticos, deseaba sobre todo obtener de su huésped la investidura del reino de Nápoles. Alejandro refugiábase á cada momento en Santángelo, fingiendo largos síncope en los momentos culminantes de las negociaciones y entreteniéndolo al rey con cabalgatas caballerescas ó misas pontificias. Carlos acuñaba moneda, se titulaba emperador, se arrogaba la justicia alta y baja de Roma, ahorcaba á los súbditos del Padre Santo y «tocaba los lamparones». El 28 de Enero de 1495 salió de Roma, llevándose como rehenes á César, hijo del papa, y á Djem, hermano del sultán, pero sin la corona de Nápoles.

LA CONQUISTA DE NÁPOLES.—En Velletri César Borgia huyó, vestido de palafrenero, del campo francés, refugiándose en Roma. La invasión siguió su marcha con asombrosa facilidad. Los señores entregaban sus castillos, y las ciudades enviaban sus llaves treinta millas antes de abrir sus puertas. Alfonso II abdicó miserablemente, y su hijo Fernando II avanzó con un ejército hasta los desfiladeros de San Germán, frente á

Monte Cassino; pero sus capitanes, y Trivulcio el primero, se pasaron á los franceses; desertaron los Orsini, y el populacho de Nápoles se sublevó y saqueó el palacio real. Fernando eximió á sus últimos servidores del juramento de fidelidad y se retiró á Ischia. Á los cinco meses de su salida de Francia Carlos VIII entró en Nápoles, aclamado por la muchedumbre, exaltado en verso y prosa por los literatos á expensas de la casa de Aragón. Llevaba el manto imperial y el globo de oro.

Nápoles enervó y pervirtió á sus nuevos amos. «Aquel Paraíso terrestre», como lo llamaba en sus cartas el cardenal Briçonnet, fué la Capua de aquel cándido Aníbal. Los caballeros del rey, ávidos de botín, secuestraron todas las jurisdicciones, los títulos, los cargos de la corte en los feudos lucrativos. No obstante hallarse

preparando su cruzada contra los turcos, Carlos VIII sólo pensaba en fiestas y torneos. Sin que él se apercibiese, aumentaba de día en día el descontento de todas las clases del reino. Nápoles, acostumbrado á todos los yugos, ya echaba de menos la casa de Aragón. Fernando el Católico se comprometió á auxiliar á la dinastía proscrita. Las pretensiones imperiales del rey de Francia enojaban al emperador Maximiliano, y por último, Italia, en tan breve tiempo invadida y conquistada, aprestábase solapadamente á dificultar los proyectos de su conquistador.

FELIPE DE COMMINES EN VENECIA.—En el comienzo de la expedición, Carlos VIII en-

vió á Venecia, en calidad de embajador, á Felipe de Commines, familiar de Luis XI. El historiador diplomático debía vigilar desde cerca la diplomacia de toda Italia. La idea era excelente, porque Venecia, gracias á su tradicional política activa, puesta al servicio de un gobierno impersonal, era la más favorable posición de la Península para juzgar con acierto los intereses permanentes ó eventuales de los príncipes italianos. Desde largo tiempo atrás no se formaba una liga sin que sus organizadores contaran principalmente con Venecia. Por medio de sus expertos oradores, de tan ingeniosa curiosidad, tenía en la mano los hilos de todas las intrigas. Desgraciadamente, por muy hábil que fuera Commines, no se había educado en la política italiana. Su misma interpretación de ciertos términos del arte mi-

litar italiano demuestra su inexperiencia. Aquel mundo extraño, desconocido, de aspecto casi bizantino y tan seductor, le asombró al principio de su embajada todavía más que á los caballeros de su rey cuando entraron en Roma ó en Nápoles. En Verona, en Vicenza y en Padua le recibieron con muestras de gran respeto, como homenaje á su señor. En las primeras lagunas aguardábanle «veinticinco caballeros, lujosamente vestidos con fastuosos trajes de seda y escarlata», para escoltarle hasta Venecia, donde encontró á «otros caballeros y á los embajadores de los duques de Milán y de Ferrara». Se pronunciaron discursos, y luego la comi-



La corte de Carlos VIII (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París)

tiva se embarcó en naves chatas, adornadas con raso carmesí. Commynes se sentó entre los dos embajadores, «porque en Italia el puesto de honor es el del medio». Desde allí dirigiéronse á San Jorge, atravesando el Gran Canal, cuyos esplendores le deslumbraron. Al llegar aquí, Commynes se apresura á decirnos que «en Venecia la religión es más grave que en cualquiera otra parte», y que «Dios les ayuda por su incondicional sumisión á la Iglesia», observación verdaderamente candorosa.

Al día siguiente fué recibido por el dux, «un hombre bueno, sabio y muy experto en las cosas de Italia, de carácter amable y cariñoso». Después visitó el palacio de San Marcos, admirando «las estancias ricamente doradas, los lechos y los muebles... la iglesia de San Marcos, que es la capilla más hermosa y rica del mundo... hecha de mosaico en muchos sitios». Enseñáronle además todas las curiosidades del tesoro, rubíes, esmeraldas, ágatas y amatistas. Recorrió el Arsenal, y durante ocho meses le aturdieron con fiestas, banquetes, paseos en góndola y conciertos musicales.

Commynes había recibido de su monarca la misión precisa de pactar una alianza con la República. Á tal fin, ofreció á la Señoría Brindis y Otranto, cuando se las conquistarán al napolitano, y ventajosas factorías en Oriente, después de la toma de Constantinopla. La Señoría escuchó benévolamente las proposiciones del rey, pero respondió que no quería que «comprara su amor», y que además no le convenía comprometerse en ninguna aventura bélica. Venecia no ocultaba las negociaciones de Alfonso de Aragón para aliarse con la Serenísima, y hasta dejó que Commynes hablara con el embajador de Bayaceto II, encargado de los intereses del padre santo, quien, por su parte, aconsejaba á la Señoría que rompiera con Carlos VIII. Ludovico el Moro, en su nombre y en el de Pedro de Médicis, advirtió á Venecia que no debía alarmarse, y que él sabía perfectamente «la manera de despedir al rey». La Señoría «procuraba satisfacer á todos». También el rey católico y el emperador mandaron embajadores. Commynes, bien informado de todas aquellas idas

y venidas de mal agüero, y adivinando que se fraguaba una coalición contra Carlos VIII, intentó sobornar á los representantes de Ludovico para aliarles al partido de Francia; ellos le juraron que eran los mejores amigos del rey Carlos; pero desconfiando de su sinceridad, Commynes se dirigió á la Señoría, preguntándole acerca de la liga de que descaradamente se hablaba á su alrededor. «Hiciéronme retirar, y después el dux me dijo que no debía creer lo que se decía por la ciudad, pues cada cual era libre para hablar como se le antojase. No obstante, nunca habían pensado formar liga contra el rey, ni habían oído hablar de ello. Muy al contrario, deseaban formar una coalición con el monarca francés y los otros dos soberanos (España y el Imperio) é Italia entera contra el turco.»

La Señoría llegó hasta á exponer á Commynes las principales cláusulas de aquel tratado de alianza, lamentando que el papa hubiese entregado algunas plazas á Carlos, y quejándose de la insaciable ambición del conquistador, de su indiferencia en orden á la cruzada y del peligro que implicaba para Milán la posesión de Asti por el duque de Orleans. «Comuniqué todo esto al rey, que me respondió en tonos de gran sequedad.» Al recibirse la noticia de la entrada en Nápoles, la Señoría llamó de nuevo al historiador; «el dux, que estaba enfermo con cólico, me comunicó aquellas nuevas con cara alegre, pero ninguno de los circunstantes sabía fingir como él; los demás, muy asustados, apoyaban la cabeza entre las manos.»

Mientras se representaba aquella farsa diplomática, la liga italiana se formó definitivamente, gracias á la enérgica acción de los emisarios de Ludovico. Commynes, azorado, escribió la mala nueva al rey y al duque de Orleans á Nápoles y á Asti. Un diplomático más experto en las cosas de Italia habría previsto la intriga desde el primer día. Además, la Señoría no ocultó á nadie sus maquinaciones. Mandó comparecer ante sí al consejero de Luis XI para comunicarle los acuerdos adoptados entre Venecia, Milán, el papa, el emperador y el rey católico, empleando á tal propósito un lenguaje bastante vago: defensa de la cris-

tiandad contra el turco, *defensa de Italia, salvación de los Estados italianos*. «Y levantaban la cabeza, sonriendo.» Después, los embajadores de la liga, embarcados en cuarenta góndolas, y al son de las músicas, desfilaron irónicamente por delante de las ventanas de Commynes, á quien no se invitó á la fiesta. El orador de Milán fingió no conocerle. Por la noche se iluminaron los campanarios de Venecia, y Commynes, chasqueado, se paseó solo en góndola á lo largo de los palacios, donde se celebraban alegres banquetes, á los cuales tampoco se le convidó. El día de Pascua florida se promulgó la liga en medio de grandes regocijos, procesiones y misterios dramáticos. Aquella noche el enviado de Carlos VIII recibió en su habitación la misteriosa visita de un turco, representante del sultán, guiado por un griego, que conferenció durante cuatro horas con él, «y que mostraba grandes deseos de que nuestro señor fuera amigo suyo». ¿Era aquello un lazo tendido por la Señoría veneciana al diplomático francés? Aquella entrevista que, según Commynes, careció de importancia, no tuvo consecuencias. Fracasada la gestión de nuestro historiador en la República Serenísima, se dirigió sin escolta oficial á Florencia, donde aguardó el regreso del rey.

RETIRADA DE CARLOS VIII. BATALLA DE FORNOVA.—Carlos VIII, viendo que toda Italia se conjuraba contra él, que España le amenazaba en Sicilia y en los Pirineos, y que corría el peligro de perder el paso de los Alpes por la inteligencia entre el Imperio y Ludovico el Moro, y alarmado, en fin, por la actitud cada vez más equívoca de los napolitanos, se resignó á volver á Francia. Por otra parte, la muerte del sultán Djem (25 de Febrero) le quitó la mejor probabilidad del éxito en una cruzada contra Bayaceto. Mientras le fué posible, ocultó ese fallecimiento, pero Venecia lo supo inmediatamente, apresurándose á comunicárselo al Gran Turco. El 20 de Mayo de 1495 Carlos salió de Nápoles, dejando como virrey con 4.000

hombres á Gilberto de Montpensier, «valiente y leal caballero—escribe Commynes—, pero algo indiscreto; nunca abandonaba el lecho hasta después de mediodía». D'Aubigny quedó al frente del gobierno de Calabria, ocupando otros señores los altos puestos de Manfredonia, Tarento y Aquila. El rey confió imprudentemente á los Colonna, eternos traicioneros, unas treinta ciudades y castillos, y llevó consigo cerca de 7.000 hombres. Ante la proximidad de los franceses (27 de Mayo), Alejandro VI, acompañado por casi todo el Sacro Colegio y escoltado por guardias venecianos y milaneses, se encaminó á Orviedo, desde donde se dirigió

á Perusa. Después de descansar dos días en Roma, Carlos marchó á Sena, retirando sus guarniciones de Terracina, Civitavecchia y Viterbo. El 13 de Junio recibió en Sena á Commynes, que le comunicó las últimas profecías de Savonarola y la noticia de los armamentos terrestres y marítimos de Venecia. En Poggibonsi el monarca vió al fogoso dominico, con quien se confesó. Obsesionado

por la idea de la reforma de la Iglesia, Savonarola reconvino amargamente al monarca por no haber purificado á Roma, deponiendo al papa Borgia. En Pisa, como los magistrados le instaran con urgencia á que, por medio de un ventajoso tratado, sustrajera definitivamente la ciudad á la soberanía de Florencia, prometió mucho, pero no hizo nada. Desde Pisa, y por Luca, fué á Pontremoli, ocupado por los milaneses. Trivulcio y Gié, que le precedían, se apoderaron de la ciudadela sin combatir, y no obstante la capitulación, permitieron que los suizos degollasen á mucha gente é incendiaran la ciudad. Carlos pasó de nuevo la garganta de Cisa, proponiéndose bajar por el valle de Taro á la llanura lombarda, donde se avistaría con el duque de Orleans, que se encontraba en Novara; pero al mismo pie del Apenino, cerca de Fornova, tropizó con el ejército de la liga.

La mayor parte de los confederados habían faltado á sus compromisos. Maximilia-



Medalla con el busto de Carlos VIII